



[www.loqueleo.com/es](http://www.loqueleo.com/es)

© 2007, Pepa Aurora Rodríguez Silvera

© 2007, Ximena Maier

© De esta edición:

2018, Santillana Infantil y Juvenil, S. L.

Avenida de los Artesanos, 6. 28760 Tres Cantos (Madrid)

Teléfono: 91 744 90 60

ISBN: 978-84-9122-010-7

Depósito legal: M-37.539-2015

Printed in Spain - Impreso en España

Tercera edición: agosto de 2018

Directora de la colección:

Maite Malagón

Editora ejecutiva:

Yolanda Caja

Dirección de arte:

José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico:

Marisol del Burgo, Rubén Chumillas, Julia Ortega y Álvaro Recuenco

Cualquier forma de reproducción, distribución,  
comunicación pública o transformación de esta obra  
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,  
salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO  
(Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org))  
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

# **La lagartija escurridiza**

Pepa Aurora

Ilustraciones de Ximena Maier

loqueleg



## La lagartija presumida

Yaiza tenía ocho años y sabía que las lagartijas viven en casi todos los pueblos y ciudades del mundo, que las hay de diferentes colores y tamaños, y que algunas son tan hermosas que parecen flores desconocidas. Pero ella estaba convencida de que ninguna era tan presumida como Lisa, la que vivía en el jardín de sus abuelos.

Supo que era una presumida desde el primer momento en que la vio: parecía una pulsera de acero y fuego sobre el alféizar de la ventana. Creyó que era un regalo y alargó el brazo para cogerla, pero

la lagartija se le escurrió entre las cortinas de enredaderas.

—¡Qué bonita! —exclamó la niña sorprendida.

Más tarde preguntó:

8 —Abuela, ¿dónde viven las lagartijas de colores?

—¿Dónde va a ser? Entre las flores —le contestó ella distraída.

Yaiza salió al jardín y pasó la mañana registrando los huertos, pero no dio con ella.

El sonido del teléfono la hizo correr a la casa para preguntar:

—¿Es mamá?

—Sí, cógelo.

—¡Qué alegría, mamá! ¿Cómo está papá?

La conversación con su madre le iluminaba el rostro con la alegría de un faroli-

llo de feria. Solo se oía su voz, asintiendo: «Sí, mamá. Sí, yo también te quiero».

—Un beso para papá —fue su despedida.

—¿Cómo está tu padre? —preguntó la abuela mientras acariciaba su pelo suave al pasar por su lado.

—Bien, muy bien. Pero tendrán que estar algunas semanas más en Madrid para terminar el tratamiento.

—No te preocupes, mi niña. ¡Todo se arreglará!

El padre de Yaiza había sufrido una grave enfermedad. Por suerte, mejoraba día a día...

A la espera de su regreso, la niña estaba pasando sus vacaciones en la finca que sus abuelos tenían en el campo en

Gran Canaria, una de las islas del archipiélago canario.

Ahora el descubrimiento de una lagartija de colores la tenía entusiasmada, pero ya no había manera de encontrarla por ningún lado.

## Un paseo diferente

Con el fin de olvidar su disgusto, 11  
decidió hacer un recorrido sin rumbo  
fijo por la huerta. Era casi mediodía. A  
esa hora, los lagartos solían ocupar el  
muro de piedra que protegía la finca. A  
Yaiza le gustaba ver cómo tomaban el  
sol en hileras desparejas, como si fue-  
ran turistas sobre las hamacas de una  
playa.

Mientras paseaba, oyó el canturreo de-  
safinado de un ave.

«¿Quién canta así?», se preguntó la  
niña, observando cómo a su alrededor



iban y venían, en vuelos nerviosos, algunos pájaros asustados.

Enseguida descubrió la causa: posado en una rama, había un alcaudón real y, a unos metros sobre él, bailaba un cernícalo. Los dos estaban al acecho, esperando el momento de caer sobre sus presas.

13

El primero era capaz de imitar el canto de cualquier ave que se le acercara. Lo mismo chirriaba que trinaba con tal de engañar a los demás. El segundo, colgado del cielo por un hilo invisible, observaba los lagartos con ojos de hielo.

«¡Pobres animales! ¿Cómo les hago entender el peligro en el que se encuentran? Si conociera su lenguaje...», pensó la niña.

En un arranque de valentía cogió del suelo un puñado de arena volcánica y lo

lanzó sobre la rama donde estaba posado el alcaudón. El sonido a granizada seca sobre las hojas produjo un estruendoso aleteo de fuga y, por unos segundos, toda la finca enmudeció.

14 Al rato, el entorno recuperó la normalidad.

Cada cual volvió a su tarea y Yaiza acabó el paseo de la mano de su abuelo, seguida de los alegres saltos de la perra Kika.

